

CONCURSO DE LECTURA Y DIBUJO INFANTIL

Versos y prosa: Amado Nervo para niños

ÍNDICE DE TEXTOS

Ya llegó abril	2
La campanita	4
Amor filial	5
Niñito, ven...	6
Los pescadores	7
El gran viaje	9
La bella del bosque durmiente	10
Alégrate	11
Dentro de ti está el secreto	12
El león que tenía dignidad	13
La gota de agua que no quería perder su “individualidad”	15
De la corrección que debemos observar en nuestra actitud para con los fantasmas	17
Fotografía espírita	20
La novia de Corinto	22
El ángel caído	25
Las varitas de la virtud	31
Los congelados	35
El final de un idilio	38

Ya llegó abril

El ave canta en el bosque,
la flor revienta en el pensil,
el campo estrena nuevo traje.
¡Ya llegó abril, ya llegó abril!

La luz, cuando amanece,
finge un jardín sin par;
la noche resplandece
como un inmenso altar.

La brisa lleva suave aroma
en su impalpable ala sutil;
llora en el bosque la paloma.
¡Ya llegó abril, ya llegó abril!

Palpitan los renuevos
del prado en la extensión,
y brotan de los huevos
el ala y la canción.

La luna baña el bosque oscuro
en palideces de marfil,
desde el azul diáfano y puro.
¡Ya llegó abril, ya llegó abril!

Las blancas mariposas
de alitas de azahar,
como almas de las rosas
revuelan sin cesar.

El chupamirto con donaire
bate su leve ala gentil,
como dorada flor del aire.
¡Ya llegó abril, ya llegó abril!

—Hay muchos astros en el cielo,
hay en la tierra flores mil;
salta cantando el arroyuelo,
¡ya llegó abril, ya llegó abril!

La campanita

Alegre como alondra madrugadora,
locuela como pluma que viene y va,
yo soy la campanita que da la hora:
¡din-dan, din-dan!

Yo soy la que te canta: “Duerme, chicuelo;
mi toque de oraciones te arrullará”.
Yo soy la que en las fiestas repica a vuelo,
¡din-dan, din-dan!

Yo soy la que te digo: “Niño, despierta,
despierta, que los libros te aguardan ya”,
el sol de la mañana dora tu puerta,
¡din-dan, din-dan!

Suspensa entre la tierra y el infinito,
yo sueño toda dicha, todo pesar;
yo soy quien a las almas a orar invito,
¡din-dan, din-dan!

Amor filial

Yo adoro a mi madre querida,
yo adoro a mi padre también;
ninguno me quiere en la vida
como ellos me saben querer.

Si duermo, ellos velan mi sueño;
si lloro, están tristes los dos;
si río, su rostro es risueño;
mi risa es para ellos el sol.

Me enseñan los dos con inmensa
ternura a ser bueno y feliz.
Mi padre por mí lucha y piensa,
mi madre ora siempre por mí.

Niñito, ven...

Niñito, ven; puras y bellas
van las estrellas a salir.
Y cuando salen las estrellas,
¡los niños buenos, a dormir!

Niñito, ven; tras de la loma
la blanca luna va a asomar;
cuando la blanca luna asoma,
¡los niños buenos, a soñar!

Niñito, ven; ya los ganados
entran mugiendo en el corral.
Cierra tus ojos fatigados
en el regazo maternal.

Niñito, ven; sueña en las rosas
que el viento agita en su vaivén;
sueña en las blancas mariposas...
¡Niñito, ven! ¡Niñito, ven!

Los pescadores

—La mar está serena,
comienza a amanecer;
la pesca fue muy buena,
ya es tiempo de volver.

—Las olas vienen, las olas van,
cantando llegan, cantando irán...

—Ya brillan a lo lejos
las luces del hogar;
¡qué bellos sus reflejos
palpitan sobre el mar!

—Las olas vienen, las olas van,
cantando llegan, cantando irán...

—Hermanos marineros,
qué duro es navegar,
¡y cuántos compañeros
dejamos en el mar!

—Las olas vienen, las olas van,
gimiendo llegan, gimiendo irán...

—La brisa que hoy empuja
cantando mi bajel,
¡quizá mañana ruja
y tumba nos dé en él!

—Las olas vienen, las olas van,
gimiendo llegan, gimiendo irán...

—Mas ¡quién en tales penas
se pone a meditar!
¡Las redes están llenas,
volvamos al hogar!

—Las olas vienen, las olas van,
cantando llegan, cantando irán...

El gran viaje

¿Quién será, en un futuro no lejano,
el Cristóbal Colón de algún planeta?
¿Quién logrará, con máquina potente,
sondar el océano
del éter, y llevarnos de la mano
allí donde llegaron solamente
los osados ensueños del poeta?

¿Quién será en un futuro no lejano
el Cristóbal Colón de algún planeta?

¿Y qué sabremos tras el viaje augusto?
¿Qué nos enseñaréis, humanidades
de otros orbes, que giran
en la divina noche silenciosa,
y que acaso hace siglos que nos miran?

Espíritus a quienes las edades
en su fluir robusto
mostraron ya la clave portentosa
de lo Bello y lo Justo,
¿cuál será la cosecha de verdades
que deis al hombre, tras el viaje augusto?

¿Con qué luz nueva escrutará el arcano?
¡Oh la esencial revelación completa
que fije nuevo molde al barro humano!

¿Quién será en un futuro no lejano
el Cristóbal Colón de algún planeta?

La bella del bosque durmiente

—Decidme, noble anciana, por vuestra vida:
¿yace aquí la princesa que está dormida,
esperando ha dos siglos un caballero?

—La princesa de que hablan en tu conseja
¡soy yo...!, pero ¿no miras?, estoy muy vieja,
¡ya ninguno me busca y a nadie espero!

—Y yo que la procela de un mar de llanto
surqué... ¡Yo que he salvado montes y ríos
por vos! —¡Ay!, caballero, ¡qué desencanto!
...Mas no en balde por verme sufriste tanto:
tus cabellos son blancos, ¡como los míos!

Asómate al espejo de esta fontana,
oh, pobre caballero... ¡Tarde viniste!
Mas aún puedo amarte como una hermana,
posar en mi regazo tu frente cana
y entonar viejas coplas cuando estés triste...

Alégrate

Si eres pequeño, alégrate, porque tu pequeñez sirve de contraste a otros en el universo; porque esa pequeñez constituye la razón esencial de su grandeza; porque para ser ellos grandes han necesitado que tú seas pequeño, como la montaña para culminar necesita alzarse entre las colinas, lomas y cerros.

Si eres grande, alégrate, porque lo Invisible se manifestó en ti de manera más excelente; porque eres un éxito del Artista eterno.

Si eres sano, alégrate, porque en ti las fuerzas de la naturaleza han llegado a la ponderación y a la armonía.

Si eres enfermo, alégrate, porque luchan en tu organismo fuerzas contrarias que acaso buscan una resultante de belleza; porque en ti se ensaya ese divino alquimista que se llama el Dolor.

Si eres rico, alégrate, por toda la fuerza que el Destino ha puesto en tus manos, para que la derrames...

Si eres pobre, alégrate, porque tus alas serán más ligeras; porque la vida te sujetará menos; porque el Padre realizará en ti más directamente que en el rico el amable prodigio periódico del pan cotidiano...

Alégrate si amas, porque eres más semejante a Dios que los otros.

Alégrate si eres amado, porque hay en esto una predestinación maravillosa.

Alégrate si eres pequeño; alégrate si eres grande; alégrate si tienes salud; alégrate si la has perdido; alégrate si eres rico; si eres pobre, alégrate; alégrate si te aman; si amas, alégrate; alégrate siempre, siempre, siempre.

Dentro de ti está el secreto

Busca dentro de ti la solución de todos los problemas, hasta de aquellos que creas más exteriores y materiales.

Dentro de ti está siempre el secreto; dentro de ti están todos los secretos. Aun para abrirte camino en la selva virgen, aun para levantar un muro, aun para tender un puente, has de buscar antes en ti, el secreto.

Dentro de ti hay tendidos ya todos los puentes.

Están cortadas dentro de ti las malezas y lianas que cierran los caminos.

Todas las arquitecturas ya están levantadas dentro de ti.

Pregunta al arquitecto escondido: él te dará sus fórmulas.

Antes de ir a buscar el hacha de más filo, la piqueta más dura, la pala más resistente, entra en tu interior y pregunta...

Y sabrás lo esencial de todos los problemas y se te enseñará la mejor de todas las fórmulas y se te dará la más sólida de todas las herramientas.

Y acertarás constantemente, pues que dentro de ti llevas la luz misteriosa de todos los secretos.

El león que tenía dignidad

Los autores primitivos, guiados por apariencias engañosas, por analogías vagas, atribuyeron a los animales cualidades y defectos que están muy lejos de tener. La melena del león, su aspecto majestuoso, les sugirió la idea de ofrecerle el cetro y la corona de los irracionales, y lo hicieron rey, sin que él se diese cuenta de tamaña dignidad ni pareciese importarle un ardite; y lo literaturizaron, y lo esculpieron en mármoles, y lo fundieron en bronces, y lo grabaron en los sellos reales, y estamparon su silueta en escudos, en banderas, en estandartes y lo troquelaron con las monedas, a lo cual se debe, por cierto, en España, que los cuartos se llamen “perros gordos” y “perros chicos”, por una de esas ironías que suelen perpetuarse.

Pero vinieron los naturalistas modernos y rectificaron desdeñosamente la mayor parte de los conceptos legendarios que a las bestias se refieren. El león, tan exaltado antes, fue deprimido con pasión; ni era valiente, ni era tan fuerte como se creyó, ni merecía en modo alguno el cetro.

Se le negó, pues, la majestad real, que casi por derecho divino creíasele otorgada, y quién estimó que debía conferírsele al toro (que jamás mostró miedo a nada ni a nadie: que lo mismo embiste a un hombre, a un paquidermo o a una locomotora), quién pretendió que merecía la realeza el elefante, que, tras de ser el más fuerte de todos los animales, era el más inteligente y el más noble.

La verdad, en esto como en todas las cosas, a semejanza de la virtud, no estaba en los extremos, sino en el medio: *in medio stat veritas*. El león no era, ciertamente, el más fuerte de los animales; pero poseía algo merecedor de la realeza con que lo habían obsequiado los antiguos, algo que muchos hombres, muchísimos, suelen no tener: la dignidad.

De ello ha dado pruebas en ocasiones muy diversas, y últimamente yo he sabido un hecho que ha aumentado notablemente mi estimación por el viejo rey, moviéndome, en mi humilde fuero, a acatarlo de nuevo como a monarca.

*

Es el caso que, hará apenas seis meses, un grande de España, cazador *par devant l'eternel*, de los más perseverantes y resueltos, hizo un viaje al Atlas, con el ánimo decidido de matar algunos pobres leones, que después, disecados, con las enormes fauces abiertas, serían ornato de su museo cinegético.

Una tarde, estando él, con algunos otros cazadores, en acecho frente a una colina boscosa en la falda (donde había guaridas de leones) y pelada en la cima, de pronto un espléndido ejemplar salió de su refugio y ascendió hacia la pequeña eminencia. Apenas la fiera había dado algunos pasos fuera de los árboles y matorrales, cuando descubrió a los cazadores. Su olfato y su mirada avizora se los mostraron en seguida.

Un sol... africano, naturalmente, iluminaba la escena.

El león pudo y “debió”, en cuatro saltos elásticos, vigorosos, ponerse a salvo de los magníficos fusiles de precisión, cuyos efectos conocía, merced a la terrible experiencia acumulada por el genio de la especie... Los cazadores esperaban esto, y apuntaban ya, teniendo en cuenta la movilidad de la bestia...

Pero entonces, con pasmo de todos, aconteció algo extraordinario: el león, “que sabía que era visto” por tantos ojos de hombres, ¡tuvo vergüenza de huir! Un sentimiento estupendo de dignidad se sobrepuso en él al pánico de la bala explosiva y certera, que no perdona, y pausada, majestuosamente, ascendió por la colina, volviendo a cada paso la cabeza para mirar a sus enemigos...

No quería, no, que lo viesan correr... Aquellos instantes supremos ponían en su corazón, sin duda, un temblor formidable; la muerte, a cada instante, lo amagaba..., mas él seguía ascendiendo lenta, muy lentamente.

Cuando llegó a la cúspide, empezó a descender, con la misma lentitud, hasta que juzgó que “ya no lo veían”, y entonces, encogiendo todo el resorte de sus músculos poderosos, dio un salto, dos saltos... y se perdió en los declives de la parte opuesta de loma. ¡Quizá con un sentimiento inmenso de liberación!

La dignidad estaba a salvo: ya podía escapar.

Los cazadores, conmovidos ante aquella actitud tan clara, tan bella, tan poco humana, no habían disparado. ¡El león obtuvo gracia de la vida, merced a la sugestión de su maravillosa dignidad!



La gota de agua que no quería perder su “individualidad”

Por la noche, en el verano, a partir de las doce pueden regarse los tiestos.

Se supone que a las doce —y se supone mal— nadie pasará ya bajo los balcones enmacetados de Madrid; pero si pasa, y ex abrupto un riego helado cae sobre su cabeza, ni tiene derecho a quejarse, ni vale la pena, porque el agua, aun así, es bienvenida en pleno agosto.

Las flores, “por su parte”, es indecible lo que gozan con ese riego nocturno, cuya frescura se perpetúa, sobre todo en los balcones de Luis, que miran al Poniente, hasta bien entrada la mañana.

El otro día, a las doce, sobre el pétalo aterciopelado de una rosa, como sobre la tela de un estuche, radiaba aún una gruesa gota de agua. Había pasado allí buena parte de la noche, fresca por excepción, dejándose penetrar por la luna.

Un viento suave la balanceaba en su hamaca olorosa de seda.

Pero avanzaba la mañana. El dios trasponía ya el meridiano, y una saeta de oro del arquero divino hirió en pleno corazón a la gota, tocándola en chispa maravillosa.

Luis, que de antaño comprende el lenguaje del agua, como el sultán Mahmoud comprendía el de los pájaros, oyó quejarse a la gota, la cual decía entre suaves quejumbres:

—Tengo miedo, ¡ay!, tengo miedo. Siento que empiezo a evaporarme... ¡Oh sol, no me beses, por Dios! Tus besos hacen un espantoso daño. Me penetran toda, me abrasan, me disgregan... Yo no quiero deshacerme, no quiero volatilizarme... *¡No quiero perder mi individualidad!*... ¿Entiendes, oh sol? No quiero perder mi individualidad.

“Yo reflejo a mi modo la naturaleza. Soy un pequeño ojo cristalino, muy abierto, que la ve, que la admira, desde este nido de terciopelo, desde esta cuna suave y bienoliente. Llevo ya muchas horas divinas de vida armoniosa. Durante buena parte de la noche he reflejado la luna. He sido, ya una perla, un zafiro místico, ya una turquesa celeste. Después, la bóveda se ha pintado de un amarillo suave, y yo me he vuelto topacio. A poco el cielo se tiñó de rosa, y he sido rubí. Ahora soy diamante. Y cuando las hojas del rosal se miran en mi espejo para contemplar su traje nuevo, recién cortado en punta, me convierto en esmeralda.

”No me beses, ¡oh sol! No sabes besar: haces mucho daño. No eres como la luna. Ella sí que sabía besar blandamente: al fin, mujer. Tú te pareces a un hombre sanguíneo, tosco y premioso.

”¡Ay!, siento que me deshago, que me desvanezco, que me pierdo...

”Sí, bien sé que me desvaneceré en la azul transparencia del aire; que temblaré en esa como red de cristal del ambiente; que a través de mí se verán los paisajes, se contemplarán las estrellas.

”Sí, comprendo que eso de la transparencia absoluta es una cosa muy buena; que ser parte de la atmósfera húmeda es cosa muy conveniente; que flotar, volar, es cosa muy apetecible. Comprendo también que un poco de frío puede condensar mi humedad, y entonces ser yo parte mínima de una nube de esas que he visto pasar por la mañana y que parecen cuentos y milagros... Todo eso, sin duda, es bueno. Pero yo dejaría de ser gota, de ser gotita diáfana y temblona que soy: esta gotita acurrucada en el pétalo de una rosa, ¡y no quiero perder mi individualidad!

”¡Ay! ¡Ay!, que daño me haces..., ¡oh sol! Ya no me beses, ya no me be... ses. Yo soy u... na gotita... de agua..., una lu... mi... no... sa go... tita de agua... sobre un rosa..., sobre una ro...”.

Estas fueron las últimas palabras de la gotita trémula que brillaba sobre el pétalo de una rosa en el balcón de Luis.

El sol, brutal y sordo como la muerte, había hecho su obra.

De la corrección que debemos observar en nuestra actitud para con los fantasmas

Llegamos —dijo el profesor de psiquismo al abrir la clase— a uno de los puntos más importantes de lo que pudiéramos llamar nuestro curso de misterio:

—¿Qué actitud debemos observar ante un fantasma?

Hace algún tiempo —siguió diciendo— las apariciones eran de tal suerte excepcionales, que no valía la pena pensar en ellas.

Las mujeres, ya se sabe, sufrían al verlas un ataque de nervios. Los hombres echaban a correr... a menos que tuviesen un valor a toda prueba.

“Tiene más valor que el que le habla a un muerto”, se decía.

Pero rarísima vez encontraban las mujeres esta ocasión de desmayarse y los hombres de huir. Los fantasmas venían poco a mezclarse a nuestra vida.

Las circunstancias, en los últimos años, han cambiado totalmente.

La humanidad —ciertas clases sociales, en especial— se afina. Nuestros sentidos se aguzan. Hay ya resquicios entre la sombra, a través de los cuales adivinamos la cuarta dimensión...

La eventualidad de topar con un fantasma puede ocurrir a todo el mundo. Conviene, por tanto, meditar nuestra actitud.

—Usted, Méndez —interrogó el profesor dirigiéndose a uno de los alumnos—, ¿qué haría si viese un fantasma?

—¡Echar a correr, señor!

—Haría usted muy mal, Méndez. Cometería usted una imperdonable falta de cortesía. ¿Pues qué (exclamó, animándose el profesor), si un caballero, si un hombre cualquiera pretendiese hablar a usted le volvería usted repentinamente la espalda?

—No, señor.

—Pues entonces ¿por qué adopta usted tal actitud con el fantasma, Méndez?

—Un fantasma no es un hombre, señor profesor.

—Un fantasma es más que un hombre, señor Méndez...

Pero continuó: cuando un fantasma se presenta, hay que considerar desde luego esto: que ha hecho un indecible esfuerzo a fin de materializarse; que tal esfuerzo obedece a

un vivo deseo de pedir ayuda (o quizá de darla); que para lograr tal ayuda el fantasma busca un hombre civilizado...

Ahora bien, imagine usted que este hombre civilizado echa a correr... sin darse cuenta del esfuerzo enorme realizado por el fantasma con el único objeto de hablarle... ¡Qué decepción!, ¡qué tristeza para el aparecido!, ¡qué concepto se formará de usted, Méndez!

En Estados Unidos y en Inglaterra, en esos dos países que hemos convenido en llamar civilizados, nadie comete con un fantasma tamaña descortesía...

La buena crianza inglesa, sobre todo, procede en estos casos con finuras y delicadezas poco comunes.

Un inglés, favorecido por la aparición de un fantasma (sí, señor Méndez, no sonría usted: he dicho *favorecido* y he dicho la verdad; una aparición es siempre una distinción. Los fantasmas no se aparecen a cualquier *quidam*, a cualquier *Nobody of nowhere*, como diría el mismo inglés). Un inglés favorecido por la aparición de un fantasma —repito— se dirige a éste con gran comedimiento y le dice:

—¿Qué desea usted, *gentleman*?, ¿en qué puedo servirle?

Los fantasmas son muy sensibles a estas muestras de deferencia.

En general responden con exquisita finura; exponen brevemente sus necesidades, o bien sus deseos, y desaparecen. No le quitan el tiempo a nadie, porque comprenden su valor. En el otro lado de la muerte, señor Méndez, también el *time is money*, pero no vil moneda de 21 quilates o de diez dineros 20 granos, sino moneda de perfeccionamiento y de amor...

Suele suceder, sin embargo —prosiguió el profesor después de una pausa—, que el esfuerzo del fantasma no le basta para reproducir la voz humana; más aún, que no es suficiente ni siquiera para que la materialización dure mientras se conversa, y en pleno diálogo o en plena aparición el espectro se disuelve o desvanece. En este caso, señor Campomanes, ¿cuál debe ser nuestra actitud?

—Ninguna, señor profesor, puesto que el muerto se ha ido.

—El muerto no se ha ido, señor Campomanes: el muerto *está allí*, ¿entiende usted? Está allí. Sólo que ya no le vemos porque no pudo llevar adelante su esfuerzo de

condensación de la materia. En este caso, debemos seguir dirigiéndonos al sitio desde donde se nos mostró y ofrecerle nuestros servicios. Podemos decirle, por ejemplo:

—Si ya no le es a usted dable materializarse, caballero (repito que son muy sensibles a las buenas palabras), recurra usted a mi mano: vea usted: cojo un lápiz, papel... Dícteme usted... Mueva usted mi diestra.

Si ni aun esto pudiere hacer el fantasma, ofrezcámosle nuestro futuro sueño.

—Esta noche, digámosle, cuando mi alma se desate de las ligaduras carnales, me pongo a la disposición de usted para que se sirva insinuarme lo que guste. Estoy por completo a sus órdenes.

He aquí, Méndez, he aquí, Campomanes, la actitud de todo hombre correcto, ante un fantasma: actitud por alto extremo meritoria.

El hecho de que la muerte nos vuelva invisible a un amigo, a un hermano, a un prójimo, no nos faculta para ser bruscos, despectivos o ligeros. ¿Pues qué, un ciego, porque no nos ve, deja de saludarnos en cuanto se da cuenta de nuestra presencia? Y nosotros, amigos míos, Méndez, Campomanes, Cajiga... ¿qué somos sino unos pobres ciegos ante el Misterio?

Los muertos no son los ausentes, sino los invisibles, creo que dijo Víctor Hugo. Seamos, pues, corteses para con ellos. Los ciegos generalmente son corteses. ¡Seamos siquiera como los ciegos!

Y basta de clase por ahora, concluyó el profesor levantándose.

Nuestra próxima conferencia versará sobre la manera de distinguir a los fantasmas serios de los otros... porque, amigos míos: Cajiga, Campomanes, Méndez, hay fantasmas y fantasmas...

Fotografía espírita

Los espíritus tienen coqueterías de mujer; cosa que yo no hubiera creído si no me lo revelan ellos mismos, o mejor dicho, si no “revela” esas coqueterías un buen fotógrafo, artista macabro que fija en su cámara oscura fisonomías ultraterrestres.

Este digno hijo de Daguerre, seguro de que los espíritus, como los microbios, pululan en todas partes, se dijo: “Hay que atraparlos”, y los atrapa por un medio muy sencillo.

Va usted a retratarse, lo coloca a usted frente a la cámara, y le dice:

—Evoque usted a algún espíritu.

Y usted evoca a su madre (conste que esta frase no es un insulto).

—Reconcentre usted su imaginación —añade el fotógrafo— para que la imagen no se borre un punto. ¡A la una!, ¡a las dos!, ¡a las tres!

Ya está usted retratado con todo y madre.

A los tres o cuatro días va usted por sus retratos, los observa: la fisonomía de usted se destaca perfectamente y, aquí entra lo maravilloso; sobre la cabeza de usted, en el lienzo que sirve de fondo, hay unos trazos vagos esfumados casi, se advierte un rostro; lo considera usted bien y acaba por distinguir sus facciones.

—¿Son las de su madre?

—No —responde usted—, serán las de la suya.

—Las de la mía tampoco. Se trata de otro espíritu que andaba por ahí. Apenas tuvo tiempo de alisarse el pelo para no salir con la cabeza desgreñada. Si hubiera tenido tiempo, de seguro se pone una flor en la cabeza y sonrío.

¿Evoca usted a su padre?

Pues resulta un caballero anciano con patillas luengas y ceño fruncido.

No es tampoco el papá de usted, es otro espíritu a quien atrapó el fotógrafo al pasar, en la cámara oscura.

En el lienzo del fondo de que he hablado, hay asimismo algunas manchas: éstos son los espíritus que usted evocó; andaban lejos, entretenidos, y no alcanzaron a salir, pero se adivina que son ellos; para eso sirven las intuiciones del cariño...



Paga usted un peso por cada retrato y se va tan contento a su casa, que si al fin y al cabo no salió su madre ni salió su padre, salieron otros y lo mismo da; ¡qué sabe usted si aquel anciano de patillas fue algún tío suyo, y si aquella buena señora que apenas se alcanzó a rizar el pelo, es su suegra, la suegra a quien tuvo usted la dicha de no conocer!

La fotografía, por lo demás, es mala; las figuras se destacan de un fondo oscuro con tonos amarillentos, pero hay que advertir que esos tonos se deben a la luz de los nimbos que “usan” los espíritus. Y hay que perdonar los otros defectos. ¿Qué, quería usted salir bien, en fotografía bonita y con espíritus?

¡Vamos, no pida usted gollerías!

Mi hermanito en Allan Kardec no se preocupa mucho del arte; no es ésa su misión. Artista sobrenatural, se limita a atrapar espíritus. Hay que avisarles a éstos para que no los cojan en *déshabillé*.¹

¹ Bata de dormir.

La novia de Corinto

Había en Grecia, en Corinto, cierta familia compuesta del padre, la madre y una hija de dieciocho años.

La hija murió. Pasaron los meses y habían transcurrido ya seis, cuando un mancebo, amigo de los padres, fue a habitar por breves días la casa de éstos.

Diósele una habitación relativamente separada de las otras, y cierta noche llamó con discreción a su puerta una joven de rara belleza.

El mancebo no la conocía; pero seducido por la hermosura de la doncella, se guardó muy bien de hacerle impertinentes preguntas.

Un amor delicioso nació de aquella primera entrevista, un amor en que el mancebo saboreaba no sé qué sensación extraña, de hondura, de misterio, mezclados con un poco de angustia...

La joven le ofreció la sortija que llevaba en uno de sus marfileños y largos dedos.

Él la correspondió con otra...

Muchas cosas ingenuas y suaves brotaron de los labios de los dos.

En la amada había un tenue resplandor de melancolía y una como seriedad prematura.

En sus ternuras ponía ella no sé qué de definitivo.

A veces parecía distraída, absorta, y de una frialdad repentina.

En sus facciones, aun con el amor, alternaban serenidades marmóreas.

Pasaron bastante tiempo juntos.

Ella consintió en compartir algunos manjares de que él gustaba.

Por fin se despidió, prometiendo volver la noche siguiente, y fuese con cierto ritmo lento y augusto en el andar...

*

Pero alguien se había percatado, con infinito asombro, de su presencia en la habitación del huésped: este alguien era la nodriza de la joven; nodriza que hacía seis meses había ido a enterrarla en el cercano cementerio.

Conmovida hasta los huesos, echó a correr en busca de los padres y les reveló que su hija había vuelto a la vida.

—¡Yo la he visto! —exclamó.

Los padres de la muerta no quisieron dar crédito a la nodriza; mas para tranquilizar a la pobre vieja, la madre prometió acompañarla a fin de ver la aparición.

Sólo que aún no amanecía. El mancebo, a cuya puerta se asomaron de puntillas, parecía dormir.

Interrogado al día siguiente, confesó que, en efecto, había recibido la visita de una joven, y mostró el anillo que ella le había dado en cambio del suyo.

Este anillo fue reconocido por los padres. Era el mismo que la muerta se había llevado en su dedo glacial. Con él la habían enterrado hacía seis meses.

—Seguramente —dijeron— el cadáver de nuestra hija ha sido despojado por los ladrones.

Mas como ella había prometido volver a la siguiente noche, resolvieron aguardarla y presenciar la escena.

La joven volvió, en efecto... volvió con su extraño ambiente de enigma...

El padre y la madre fueron prevenidos secretamente, y al acudir reconocieron a su hija fenecida.

Ella, no obstante, permanecía fría ante sus caricias.

Más aún, les hizo reproches por haber ido a turbar su idilio.

—Me han sido concedidos —les dijo— tres días solamente para pasarlos con el joven extranjero, en esta casa donde nací... Ahora tendré que dirigirme al sitio que me está designado.

Dicho esto, cayó rígida, y su cuerpo quedó allí visible para todos.

Fue abierta la tumba de la doncella, y en medio del mayor desconcierto de los espíritus... se la encontró vacía de cadáver; sólo la sortija ofrecida al mancebo reposaba sobre el ataúd.

El cuerpo —dice la historia— fue trasladado como el de un vampiro, y enterrado fuera de los muros de la ciudad, con toda clase de ceremonias y sacrificios.

*



Esta narración es muy vieja y ha corrido de boca en boca entre gentes de las cuales ya no queda ni el polvo.

La señora Croide la recogió, como una florecita de misterio, en su libro *The Night Side of Nature*.

Confieso que a mí me deja un perfume de penetrante poesía en el alma.

Vampirismo... ¡no! Suprimamos esta palabra fúnebremente agresiva, e inclinémonos ante el arcano, ante lo incomprensible de una vida de doncella que no se sentía completa más allá de la tumba.

Pensemos con cierta íntima ternura en esa virgen que vino de las riberas astrales a buscar a un hombre elegido y a cambiar con él el anillo de bodas...

El ángel caído

*Cuento de Navidad dedicado a
mi sobrina María de los Ángeles*

Érase un ángel que, por retozar más de la cuenta sobre una nube crepuscular teñida de violetas, perdió pie y cayó lastimosamente a la Tierra.

Su mala suerte quiso que, en vez de dar sobre el fresco césped, diese contra bronca piedra, de modo y manera que el cuitado se estropeó un ala, el ala derecha, por más señas.

Allí quedó despatarrado, sangrando, y aunque daba voces de socorro, como no es usual que en la Tierra se comprenda el idioma de los ángeles, nadie acudía en su auxilio.

En esto acertó a pasar no lejos un niño que volvía de la escuela, y aquí empezó la buena suerte del caído, porque como los niños sí suelen comprender la lengua angélica (en el siglo XX mucho menos, pero en fin), el chico allegóse al mísero, y sorprendido primero y compadecido después, tendióle la mano y le ayudó a levantarse.

Los ángeles no pesan, y la leve fuerza del niño bastó y sobró para que aquél se pusiese en pie.

Su salvador ofrecióle el brazo y vióse entonces el más raro espectáculo: un niño conduciendo a un ángel por los senderos de este mundo.

Cojeaba el ángel lastimosamente, ¡es claro! Acontecía lo que acontece a los que nunca andan descalzos: el menor guijarro le pinchaba de un modo atroz. Su aspecto era lamentable. Con el ala rota, dolorosamente plegada, manchado de sangre y lodo el plumaje resplandeciente, el ángel estaba para dar compasión.

Cada paso le arrancaba un grito; los maravillosos pies de nieve empezaban a sangrar también.

—No puedo más —dijo al niño.

Y, éste, que tenía su miaja de sentido práctico, respondióle:

—A ti (porque desde un principio se tutearon), a ti lo que te falta es un par de zapatos. Vamos a casa, diré a mamá que te los compre.

—¿Y qué es eso de zapatos? —preguntó el ángel.

—Pues mira —contestó el niño mostrándole los suyos—; algo que yo rompo mucho y que me cuesta buenos regaños.



—¿Y yo he de ponerme eso tan feo...?

—Claro... ¡o no andas! Vamos a casa. Allí mamá te frotará con árnica y te dará calzado.

—Pero si ya no me es posible andar... ¡cárgame!

—¿Podré contigo?

—¡Ya lo creo!

Y el niño alzó en vilo a su compañero, sentándolo en su hombro, como lo hubiera hecho un diminuto San Cristóbal.

—¡Gracias! —suspiró el herido—; qué bien estoy así... ¿Verdad que no peso?

—¡Es que yo tengo fuerzas! —respondió el niño con cierto orgullo y no queriendo confesar que su celeste fardo era más ligero que uno de plumas.

En esto se acercaban al lugar, y os aseguro que no era menos peregrino ahora que antes el espectáculo de un niño que llevaba en brazos a un ángel, al revés de lo que nos muestran las estampas.

Cuando llegaron a la casa, sólo unos cuantos chicuelos curiosos les seguían. Los hombres, muy ocupados en sus negocios, las mujeres que comadreaban en las plazuelas y al borde de las fuentes, no se habían percatado de que pasaban un niño y un ángel. Sólo un poeta que divagaba por aquellos contornos, asombrado, clavó en ellos los ojos y sonriendo beatamente los siguió durante buen espacio de tiempo con la mirada... Después se alejó pensativo...

Grande fue la piedad de la madre del niño, cuando éste le mostró a su alirroto compañero.

—¡Pobrecillo! —exclamó la buena señora—; le dolerá mucho el ala, ¿eh?

El ángel, al sentir que le hurgaban la herida, dejó oír un lamento armonioso. Como nunca había conocido el dolor, era más sensible a él que los mortales, forjados para la pena.

Pronto la caritativa dama le vendó el ala, a decir verdad, con trabajo, porque era tan grande que no bastaban los trapos; y más aliviado y lejos ya de las piedras del camino, el ángel pudo ponerse en pie y enderezar su esbelta estatura.

Era maravilloso de belleza. Su piel translúcida parecía iluminada por suave luz interior y sus ojos, de un hondo azul de incomparable diafanidad, miraban de manera que cada mirada producía un éxtasis.

—Los zapatos, mamá, eso es lo que le hace falta. Mientras no tenga zapatos, ni María ni yo (María era su hermana) podremos jugar con él —dijo el niño.

Y esto era lo que le interesaba sobre todo: jugar con el ángel.

A María, que acababa de llegar también de la escuela, y que no se hartaba de contemplar al visitante, lo que le interesaba más eran las plumas; aquellas plumas gigantescas, nunca vistas, de ave del Paraíso, de quetzal heráldico..., de quimera, que cubrían las alas del ángel. Tanto, que no pudo contenerse, y acercándose al celeste herido, sinuosa y zalamera, cuchicheóle estas palabras:

—Di, ¿te dolería que te arrancase yo una pluma? La deseo para mi sombrero...

—Niña —exclamó la madre, indignada, aunque no comprendía del todo aquel lenguaje.

Pero el ángel, con la más bella de sus sonrisas, le respondió extendiendo el ala sana:

—¿Cuál te gusta?

—Esta tornasolada...

—¡Pues tómala!

Y se la arrancó resuelto, con movimiento lleno de gracia, extendiéndola a su nueva amiga, quien se puso a contemplarla embelesada.

No hubo manera de que ningún calzado le viniese al ángel. Tenía el pie muy chico, y alargado en una forma deliciosamente aristocrática, incapaz de adaptarse a las botas americanas (únicas que había en el pueblo), las cuales le hacían un daño tremendo, de suerte que claudicaba peor que descalzo.

La niña fue quien sugirió, al fin, la buena idea:

—Que le traigan —dijo— unas sandalias. Yo he visto a San Rafael con ellas, en las estampas en que lo pintan de viaje, con el joven Tobías, y no parecen molestarle en lo más mínimo.

El ángel dijo que, en efecto, algunos de sus compañeros las usaban para viajar por la Tierra; pero que eran de un material finísimo, más rico que el oro, y estaban cuajadas de piedras preciosas. San Crispín, el bueno de San Crispín, fabricábalas.

—Pues aquí —observó la niña— tendrás que contentarte con unas menos lujosas, y déjate de santos si las encuentras.

*

Por fin el ángel, calzado con sus sandalias y bastante restablecido de su mal, pudo ir y venir por toda la casa.

Era adorable escena verle jugar con los niños. Parecía un gran pájaro azul, con algo de mujer y mucho de paloma, y hasta en lo zurdo de su andar había gracia y señorío.

Podía ya mover el ala enferma, y abría y cerraba las dos con movimientos suaves y con un gran rumor de seda, abanicando a sus amigos.

Cantaba de un modo admirable, y refería a sus dos oyentes historias más bellas que todas las inventadas por los hijos de los hombres.

No se enfadaba jamás. Sonreía casi siempre, y de cuando en cuando se ponía triste.

Y su faz, que era muy bella cuando sonreía, era incomparablemente más bella cuando se ponía pensativa y melancólica, porque adquiría una expresión nueva que jamás tuvieron los rostros de los ángeles y que tuvo siempre la faz del Nazareno, a quien, según la tradición, “nunca se le vio reír y sí se le vio muchas veces llorar”.

Esta expresión de tristeza augusta fue, quizá, lo único que se llevó el ángel de su paso por la Tierra...

*

¿Cuántos días transcurrieron así? Los niños no hubieran podido contarlos; la sociedad con los ángeles, la familiaridad con el Ensueño, tienen el don de elevarnos a planos superiores, donde nos sustraemos a las leyes del tiempo.

El ángel, enteramente bueno ya, podía volar, y en sus juegos maravillaba a los niños, lanzándose al espacio con una majestad suprema; cortaba para ellos la fruta de los más altos árboles, y, a veces, los cogía a los dos en sus brazos y volaba de esta suerte.

Tales vuelos, que constituían el deleite mayor para los chicos, alarmaban profundamente a la madre.

—No vayáis a dejarlos caer por inadvertencia, señor Ángel —gritábale la buena mujer—. Os confieso que no me gustan juegos tan peligrosos...

Pero el ángel reía y reían los niños, y la madre acababa por reír también, al ver la agilidad y la fuerza con que aquél los cogía en sus brazos, y la dulzura infinita con que los depositaba sobre el césped del jardín... ¡Se hubiera dicho que hacía su aprendizaje de Ángel Custodio!

—Sois muy fuerte, señor Ángel —decía la madre, llena de pasmo.

Y el ángel, con cierta inocente suficiencia infantil, respondía:

—Tan fuerte, que podría zafar de su órbita a una estrella.

*

Una tarde, los niños encontraron al ángel sentado en un poyo de piedra, cerca del muro del huerto, en actitud de tristeza más honda que cuando estaba enfermo.

—¿Qué tienes? —le preguntaron al unísono.

—Tengo —respondió— que ya estoy bueno; que no hay ya pretexto para que permanezca con vosotros...; ¡que me llaman de allá arriba, y que es fuerza que me vaya!

—¿Qué te vayas? ¡Eso nunca! —replicó la niña.

—¿Y qué he de hacer si me llaman?...

—Pues no ir...

—¡Imposible!

Hubo una larga pausa llena de angustia.

Los niños y el ángel lloraban.

De pronto, la chica, más fértil en expedientes, como mujer, dijo:

—Hay un medio de que no nos separemos...

—¿Cuál? —preguntó el ángel, ansioso.

—Que nos lleves contigo.

—¡Muy bien! —afirmó el niño palmoteando.

Y con divino aturdimiento, los tres pusieron a bailar como unos locos.

Pasados, empero, estos transportes, la niña quedóse pensativa, y murmuró:

—Pero, ¿y nuestra madre?

—¡Eso es! —corroboró el ángel—, ¿y vuestra madre?

—Nuestra madre —sugirió el niño— no sabrá nada... Nos iremos sin decírselo... y cuando esté triste, vendremos a consolarla.



—Mejor sería llevarla con nosotros —dijo la niña.

—¡Me parece bien! —afirmó el ángel—. Yo volveré por ella.

—¡Magnífico!

—¿Estáis, pues, resueltos?

—Resueltos estamos.

Caía la tarde fantásticamente, entre niágaras de oro.

El ángel cogió a los niños en sus brazos, y de un solo ímpetu se lanzó con ellos al azul luminoso.

La madre en esto llegaba al jardín, y toda trémula violes alejarse.

El ángel, a pesar de la distancia, parecía crecer. Era tan diáfano, que a través de sus alas se veía el Sol.

La madre, ante el milagroso espectáculo, no pudo ni gritar. Quedóse alelada, viendo volar hacia las llamas del ocaso aquel grupo indecible, y cuando, más tarde, el ángel volvió al jardín por ella, la buena mujer estaba aún en éxtasis.

Las varitas de la virtud

A Federico Gamboa

Cuando niño, vivía yo en un caserón desgarrado, sólido y viejo, que era como la casa solariega de la familia.

¡Oh! mi caserón desgarrado, sólido y viejo, vendido después a vil precio, a no sé qué advenedizos, que fueron a turbar el silencioso ir y venir de los queridos fantasmas.

En su patio lamoso, crecían bellos árboles del trópico, y en un rincón, el viejo pozo de brocal agrietado y rechinante carril servía de guarida a una tortuga, que desde el fondo y a través del tranquilo cristal del agua, nos miraba, estirando, cuando nos asomábamos, su cabeza de serpiente, como un dios asiático.

Moraban en esa casa, con mis padres y mis hermanos, mi abuelita materna, y una tía soltera, bella, apacible, retraída y mística, que murió a poco, en flor, y a quien tendieron en la gran sala, en un lecho blanco, nevado de azahares.

Esta mi tía, muy amada, soñó una noche que se le aparecía cierto caballero de fines del siglo XVIII. Llevaba media de seda blanca, calzón y casaca bordados, espumosa corbata de encaje cayendo sobre la camisa de batista, y empolvada peluca.

Saludóla, con grave y gentil cortesía, y díjole que en un ángulo del salón había enterrado un tesoro: un gran cofre de áureas peluconas.

Mi tía, que soñaba poco en las cosas de este mundo, porque le faltaba tiempo para soñar en las del cielo, despertóse preocupada, sin embargo, de la vivacidad de su visión y la refirió a mis padres y a mi abuela.

Esta última creía en los tesoros como toda la gente de su tiempo. Había nacido en la época febril de las luchas por nuestra independencia, en La Barca, donde su tío era Alcalde. Cuando el Padre Hidalgo entró a la ciudad solemnemente, ella le contemplaba, según nos contó muchas veces, “pegada a la capa de su tío el Alcalde”.

Más tarde, mucho más tarde, asistió a la jura del Emperador Iturbide, y recordaba las luchas del pueblo por recoger las buenas onzas de oro y de plata que para solemnizar el acontecimiento se le arrojaban en grandes y cinceladas bandejas.

“In illo tempore”, los entierros eran cosa común y corriente. Los españoles, perseguidos o no, reputaban como el mejor escondite la tierra silenciosa, que sabe guardar todos los secretos... No pasaba año sin que se cuchicheara de ésta o de aquella familia de la ciudad, que había encontrado un herrumbroso cofre repleto de onzas.

Y se daban detalles peregrinos:

La tierra defiende celosamente, a lo que parece, el bien que se le ha confiado.

Cuando la barreta empieza a removerla, si ha dado justo en el sitio donde yace el oro o la plata, óyese un estruendo, como de paladines armados de todas armas, que libran descomunal batalla.

Chocan las filosas espadas contra las firmes corazas, óyense confusas voces que ponen espanto en el ánimo...

Los buscadores vacilan, tiemblan, y si no tienen el corazón blindado contra el pánico, recubren el hoyo y se alejan.

Si continúan, invariablemente, a cierta profundidad, topan con un esqueleto.

Cuando aparece el esqueleto, el tesoro está cerca. Ello se explica.

Quien enterraba su oro, mataba casi siempre al excavador del pozo, a fin de que no contara del escondite. Nuestros abuelos sólo tenían fe en el silencio de los muertos...

A veces, estos muertos eran dos: según la magnitud del hoyo y, por ende, del entierro.

Por fin, a unos cuantos pies más abajo, estaba el cofre... que generalmente costaba un trabajo endemoniado abrir y que pesaba horriblemente.

*

Existían dos procedimientos infalibles para hallar un tesoro. Y esto también lo sabía mi abuela a maravilla: El primero, hablar al muerto.

Donde había un tesoro, había un alma en pena. Ello era elemental.

No se ha sabido aún de fantasma ninguno que se resigne a dejar ignorado un entierro.

En las noches enlunadas, rondan alrededor del sitio en que se ennegrecen lentamente los viejos pesos de a ocho reales y las onzas amarillentas con la efigie del rey Don Carlos IV.

Hay que aprovechar tales apariciones y si uno tiene el alma en su *almario*, dirigirse derechamente al fantasma y hacerle la consabida pregunta:

—De parte de Dios te pido que me digas si eres de esta vida o de la otra.

A lo que generalmente el interfecto (imaginamos que se trata del espíritu del excavador asesinado) responde:

—Soy de la otra.

Esto basta para “romper el hielo”.

El muerto entra en palique con vosotros, y os explica bien dónde está el dinero y cómo habrá de procederse para sacarlo.

Después, cumplida su misión, desaparece...

Pero no se va, no lo creáis, se queda acechando en no sé qué pliegue de la sombra, a fin de ver si dais por fin con el tesoro. Si dais con él, se marcha resueltamente a la eternidad. Si no, permanece allí, retenido por invisible grillete, hasta que el cofre sea desenterrado y a los restos humanos se dé cristiana sepultura.

*

El segundo procedimiento es el de las varitas mágicas; a él sugirió mi abuela que se recurriese, en virtud de que el caballero de casacón y peluca se limitó a una aparición en sueños...

Desgraciadamente, mi padre no creía en las varitas. Había nacido en la medianía del siglo diecinueve “o, por mejor decir, decimonono” y entonces ya no se creía en las varitas.

Además, el caballero de marras había designado justamente un sitio en que se asentaban los sillares de la pared madre de la casa. Escarbar allí era exponerse a un derrumbamiento.

Mi abuela hizo, sin embargo, traer las varitas, a furto de mi padre, y, cosa estupenda, señalaron el mismo sitio designado por el caballero de la peluca.

Cierto que señalaron también otros sitios; pero en aquél, coincidieron con el fantasma...

Mi abuela estaba desolada.

¡Qué lástima que mi padre no creyera en las varitas mágicas de madera de acebo con regatón de hierro, que se tallan en una rama joven, en la noche del Viernes Santo!

¿Quién tuvo razón, mi abuela o mi padre?

Mi abuela tuvo razón: Las varitas mágicas dicen verdad. La ciencia, en esto, como en otras muchas cosas, ha venido a corroborar las ingenuas ideas de nuestros antepasados y a probarnos una vez más que el mito no es sino la envoltura luminosa, un poco fantástica, de la verdad.

Las varitas mágicas eran simplemente “varitas imantadas”, que ahora están en pleno favor en Europa. Los ingenieros las usan para descubrir manantiales, corrientes subterráneas, y, con especialidad, “yacimientos de metal”...

Nunca marran² estas varitas, cuando se sabe emplearlas. ¡Nunca marran, abuelita mía, nunca marran!

² Fallar.

Los congelados

Exclamó el joven sabio:

“¡La vida! ¡Y qué sabemos nosotros de lo que es la vida, amigo mío!... ¿Usted ha visto, sin duda, funcionar esos populares aparatos que se llaman ventiladores, y que se mueven en un perenne vértigo, refrescando el ambiente caliginoso de los cafés? ¡Quién no los conoce! Trátase de dos simples hélices cruzadas, que por medio de un sencillo mecanismo giran, agitando el aire. Para ponerlas en movimiento, basta meter la clavija (que está al cabo de un flexible metálico envuelto en hilo de algodón) en el enchufe. El fluido corre a través del flexible, y el aparato se echa a girar. Quita usted la clavija; cesa el fluido de comunicar movimiento a la pequeña máquina; las hélices se paran... y el aparato es como un cuerpo sin vida. Si lo dejamos allí indefinidamente, acabará por orinecerse. Después, será inútil comunicarle nuevo fluido. Pero mientras esto no suceda, cuantas veces se produzca el contacto de la clavija y el enchufe, el pequeño organismo funcionará...

”Pues bien, amigo mío, la vida no es ya para la ciencia más que algo semejante a ese fluido eléctrico, es decir, una de las fuerzas constantes de la naturaleza. Por causas casi siempre conocidas, el fluido, la bienhechora corriente vital se suspende, y se para la máquina. Pero es posible, dentro de los modernos conocimientos, aplicarle de nuevo la corriente y hacerla moverse otra vez... Sólo que hasta hoy era preciso intentar luego la resurrección, en vista de que el cuerpo humano se descompone con más rapidez que la máquina de que hablamos, y una vez descompuesto es imposible todo tanteo. Felizmente, los últimos experimentos de Raoul Pictet, mi maestro muy querido, con el cual trabajo ahora aquí mismo, abren posibilidades sin límites a este respecto.

”¿Quizá habrá leído usted los milagros que mi maestro ha podido realizar con los peces? Imagínese usted una pecera que, por determinados procedimientos, se va paulatinamente helando, primero, a cero grados; después a temperaturas de 20° y aun 30°. A los primeros síntomas de frío los peces suspenden todo movimiento. ¡Luego, quedan presos en el hielo y acaban por morir!

”A esas temperaturas de 20° y 30°, el pez no es ya más que un bibelot cristalizado, que se quiebra con suma facilidad, pudiéndose reducirlo con los dedos a pequeños fragmentos...



”Pero, y aquí empieza lo maravilloso, después de un tiempo indefinido, durante el cual naturalmente se ha tenido la precaución de conservar la bajísima temperatura de la pecera, se deja a ésta paulatinamente licuarse; el agua, con suma lentitud, va deshelándose; vuelven los peces a flotar en ella y de pronto empiezan a moverse y a nadar como si tal cosa, agitando sus aletas con el elegante ritmo habitual...”.

El joven sabio hizo una pausa, durante la cual buscaba en mi fisonomía el efecto de sus palabras.

—Pues bien —prosiguió después de algunos segundos—; ¿qué diría usted si yo le asegurase que, tras muchos ensayos (con ranas, que soportan temperaturas de 28°; con escolopendras, que la soportan de 50°; con caracoles, que las sufren hasta de 120°), qué diría usted si yo le asegurase haber logrado con mamíferos, con cuadrumanos de gran talla... con el complicado cuerpo del hombre por fin, lo que mi maestro Pictet obtuvo con los peces?

—¡Imposible!

—Se ha logrado, sí señor, y —añadió, acercándose a mi oído— en un subterráneo especial al que puedo conducir a usted cuando guste, yacen congelados en ataúdes diáfanos, que se hallan a temperaturas terriblemente bajas, varios hombres, sí señor, varios hombres que por su voluntad han querido dormir, dormir mucho tiempo, meses, años... para poner un paréntesis de hielo y de dulce y sosegada inconsciencia entre su dolorosa vida de ayer y la vida de mañana (que esperan superior a ésta), en una sociedad más sabia.

“Claro que han pagado muy caro tal paréntesis; pero como se trata de ricos... Al cabo de cierto tiempo, el procedimiento se abaratará, y entonces, hasta los más pobres podrán sustraerse cuanto tiempo quieran a su calvario cotidiano. A la vejez y a la muerte.

”Entre estos congelados de ahora hay dos o tres que están allí por pura curiosidad, porque imaginan que, cuando despierten, se encontrarán en un mundo mejor... Para mí creo que se equivocan, pero, en fin, allá ellos; y uno de los dormidos, el más peregrino de todos, ha pagado por veinte años de inconsciencia. ¿A que no sabe usted para qué? Pues para dar tiempo de que crezca una niña que ahora tiene dos años, y con la cual ha jurado casarse...”

—Debe ser un yanqui...

—Ha acertado usted. Es de Denver (Colorado). De tal manera que les ha cristalizado a todos el frío, que si les tocásemos podríamos quebrarles en no sé cuántos pedazos, como a los peces de marras; arrancarles una mano o un pie como si fuesen muñecos de azúcar candi...

”Llegado el momento en que, según convenio particular con cada uno, hay que deshelarlos, se les aplica idéntico procedimiento al de los peces, y una vez que el agua ya licuada adquiere la temperatura conveniente, cátales dispuestos a vivir tonificados, alegres, como si saliesen de un baño... Debo advertir a usted, sin embargo, que los hombres no se mueven así como así, nada más porque se les licue y caliente el agua; hay que hacerles en seguida la respiración artificial, como a los faquires que desentierran en la India al cabo de algunos días de catalepsia provocada. Pero merced a las tracciones rítmicas de la lengua, a los movimientos del pecho, de los brazos y demás, algunos minutos después de licuarse el agua, ya andan nuestros sujetos por allí, vistiéndose, para asomarse de nuevo a la vida, de la que quisieron escapar por determinado tiempo.

”¿Quiere usted ver las urnas con sus respectivos congelados? Pues con venir mañana temprano a mi laboratorio, yo se los mostraré, a través de un cristal, naturalmente, porque el sitio en que se hallan mantiénese a una temperatura tal, que se congelaría usted a su vez en dos minutos...”.

¿Qué misterio solapadamente agresivo había en la sonrisa del doctor al decir esto? No lo sé; pero es lo cierto que, aunque le prometí volver al día siguiente, no me atreví a acudir a la cita... Quizás temí una superchería, una soflama; quizá algo peor: que me metiese a mí en una “pecera” de aquellas, y me mantuviese allí congelado durante algunos años... Estos experimentadores son terribles... ¡Yo tengo mujer, joven y bonita, de la cual aún no me desilusiono del todo; hijos, dinero, buen estómago... No me va mal en este mundo, y pienso dejar para los penosos días futuros el procedimiento de la congelación!

El final de un idilio

Aquella mañana, a la hora del recreo, el “prefecto de los chicos” se acercó a mí y me dijo con voz seca, en la cual presentí no sé qué catástrofes pavorosas:

—Suárez: el padre superior le llama a usted del otro colegio. Póngase su cachucha y vamos.

Mientras buscaba la consabida prenda, hacía, con temor de adivinar la verdad, mi examen de conciencia: cuando el padre superior me llamaba no era, sin duda, para hacerme alguna caricia; eso me lo tenía bien sabido. Se trataba de una reprimenda y de un castigo; pero ¿por qué? Aún me faltaban cinco días sin dulce para cumplir mi condena de quince, que me fue aplicada gracias a aquella suela de zapato viejo que encontré en el campo y que, hecha fragmentos, distribuí concienzudamente en todos los platos de carne que, a la hora del refectorio, pasaron de mis manos a las de mis compañeros; no concluía aún tres de los diez dictados que me fueron impuestos por haber picado con el índice uno de los carrillos de Iyarzábal, en el momento crítico en que éste hacía un buche de agua, obligándole a arrojar, en un cristalino chorro horizontal, todo el líquido sobre la sotana del prefecto. ¿Qué nuevo delito podía haberme atraído las iras del padre superior? De pronto en mis cavilaciones se hizo la luz: ¡Concha!, ¡se trataba de Concha! Y me puse lívido.

Han de saber ustedes que el otro colegio, designado así por todos nosotros, era un internado de niñas, frontero a nuestro plantel, fundado por el propio fundador de éste, y al cual íbamos frecuentemente los muchachos, ya en demanda de los auxilios de sor Pascuala, enfermera habilísima, cuando estábamos ligeramente enfermos, ya invitados para asistir a alguna representación teatral, organizada para festejar a las superiores, ya a fin de presenciar los exámenes y la distribución de premios.

La frecuencia con que unos y otras nos veíamos había enredado tales y cuales idilios fugitivos e ingenuos, alimentados por carticas pésimamente ortografiadas, que se cambiaban con zozobras indecibles en la primera oportunidad, y cuyo inocente poema de anhelos en flor, indefinidos e imprecisos, era para muchos el solaz de lentas horas de tedio, distribuidas entre el aula, el recreo y las prácticas religiosas, en aquellos dos colegios, plantados como dos enormes colmenares en medio de una quieta y florida aldea de la provincia mexicana.



Yo no había querido ser menos que los demás. Pues que ellos tenían novia y con ella se carteaban a maravilla, ¿por qué había de resignarme a seguir poniendo pedacitos de suela vieja en los platos de mis compañeros y a picarles los carrillos cuando hacían buchecitos de agua, condenándome así a no probar más el dulce en toda la vida y a escribir dictados durante toda la eternidad? Y resuelto a variar el curso de mi existencia, garrapateé una carta para Concha, una colegiala más rubia que las mañanitas de mayo, y en cuyos ojos verdes había ya todo lo insondable del mar. ¿Qué le dije? No lo recuerdo, algo como un gorjeo de pajarillo travieso que empieza a tender el ala al sol, traducido con la peor letra del mundo en la hoja no muy pulcra de un cuaderno de escritura, hecha luego veinte mil dobleces. Aproveché la primer coyuntura para hacer llegar a sus manos la misiva, y la muchacha me premió a poco, en la capilla del pueblo, donde oíamos internos e internas la misa de precepto, con una mirada entre medrosa y sonriente, la mirada de una rapaza de diez años, que interroga a un hombrecillo de doce acerca de todo lo que hay de lejano, inmenso y vago en la atracción de los sexos...

Satisfecho de mi hazaña, aguardé la respuesta y, a decir verdad, pocos días bastaron para amortiguar mis impresiones. En aquel tiempo me interesaba más un nido de calandria que el nido de una boca en flor, y la única manzana prohibida que me seducía era la jugosa y enorme que rojeaba en la huerta, fuera del alcance de mis manos. Faltaban algunos años para que la elegida de un momento y yo nos buscásemos en los ojos de la quimera, y muchos éxtasis para componer los primeros versos de amor.

II

A la zaga del prefecto, cabizbajo y tímido, atravesé la herbosa plazuela que separaba del nuestro el otro colegio, en la cual, al buen sol de la mañana, relampagueaban vidrios rotos y chinitas blancas entre los céspedes lacios; y momentos después, con la cachucha entre las manos, entraba al locutorio, donde el padre superior leía a través de sus gruesos quevedos, cabalgantes sobre su enorme nariz aguileña, no sé qué viejo infolio amarillento.

A una señal, el prefecto nos dejó solos, y volvió a pocos instantes trayendo de la mano a mi novia, para salir enseguida de la pieza, como obedeciendo en todo a una previa y tremenda consigna.



“¡Alea jacta est!”³ hubiera yo dicho para mi coeto, si mi exiguo latín de entonces me lo hubiese permitido. Y mis ojos desolados se encontraron con los cristalinos de la muchacha, próximos a licuarse en llanto, y en ellos leyeron algo irreparable, algo peor mil y mil veces que todos los ayunos de dulce y los dictados todos de los dómines de la tierra. Estábamos perdidos, irremisiblemente perdidos.

Y en esto el verdugo no se había dignado mirarme; continuaba, en medio de un silencio de muerte, escarbando con sus ojos de miope y su nariz apericada, en las páginas del libro.

Al fin levantó la cabeza, y nosotros la inclinamos apercibidos a la detonación...

—Conque usted, señor Suárez, y usted, señora Iriarte, son novios...

Silencio mortal.

—¡Conque usted, señor Suárez, se permite dirigir a la señora cartas de amor!

Nuevo silencio.

—Debo advertirle, en primer lugar, que querer se escribe con *qu* y no *cerer* como usted ha puesto, y que no se anhela con *hache* antes de la *a* sino después de la *ene*; y, en segundo lugar, que, puesto que ustedes se quieren (con *ce*), he resuelto casarlos (con *ce* también), ¿estamos?, y que los casaré hoy mismo.

¡Así, pues, la catástrofe era más espantosa aún de lo que yo me había imaginado! Concha, que desde las primeras palabras del superior hacía pucheros y ajaba nerviosamente el delantal, se echó a llorar a toda orquesta, y yo no tardé en imitarla.

¡Casarme! ¡Casarnos! ¿Y qué iba a decir mi madre cuando lo supiera? ¡Casarme! Toda la lógica elemental de mi vida se me venía abajo, y a la apurada muchacha debía de pasarle otro tanto, porque, entre hipo e hipo y lágrima y lágrima, se atrevió por fin a exclamar:

—¡No, padre; no, padre; ya no lo vuelvo a hacer!

Y yo a coro:

—¡Ya no lo vuelvo a hacer!

Empero la cara enjuta del tenebroso justiciero no se conmovía; sus ojos, a través de sus lentes, iban de una a la otra víctima, estoqueándonos sin piedad, y su voz avinagrada y sin inflexiones repetía:

³ La suerte está echada.



—No tiene remedio, esto no puede arreglarse de otra manera, los caso ahora mismo.

—Padre —supliqué yo en el colmo de la angustia—, le aseguro que ya no lo vuelvo a hacer. ¿Qué va a decir mi mamá? ¿Qué van a pensar en mi casa?

Y la muchacha, a grito herido:

—¡Yo no quiero casarme; yo no quiero casarme!

Por fin el superior pareció ablandarse.

—Está bien —dijo—; no los casaré...; pero con una condición...

Ambos reos callamos, con el alma en un hilo.

—Que recibirá cada uno de ustedes seis palmetazos. ¿Están ustedes conformes?

No, no estábamos conformes; pero la perspectiva del matrimonio era tan aterradora, que los dos asentimos con un movimiento de cabeza.

El padre tocó una campanilla de plata que estaba sobre la mesa...

—¡A ver!, sor Inés, la palmeta.

Sor Inés volvió a poco trayendo el terrible instrumento de expiación: una enorme palmeta taladrada por cien pequeños agujeros, que eran como otras tantas ventosas suplicatorias.

Luego, dirigiéndose imperativamente a “mi novia”, que seguía llorando en silencio:

—Extienda usted la mano; a usted primero.

La niña iba a hacer lo que le ordenaba; pero yo me adelanté: el Quijote que dormitaba en mi sangre, el viejo y resplandeciente Quijote de la raza habíase alzado, poderoso, en su Rocinante blanco, con su pica desfacedora de entuertos y su santo grito de galantería en los labios.

—Padre —dije con voz suplicante, pero firme—, ¡deme usted a mí los doce!

El superior me miró algunos segundos, y yo, desafiando bravamente su mirada, repetí:

—Deme usted a mí los doce.

—No me opongo —replicó con voz glacial—; extienda la mano...

En el silencio de la pieza resonaban secamente los palmetazos; la niña no lloraba ya: me miraba, me miraba con sus inmensos ojos verdes, en que había todo lo insondable del océano, y su mirada era un premio superior a mi castigo.



Cuando salí a la plazuela, seguido del prefecto, en la rama ondulante de un arbolillo dos pájaros se besaban ante la dulce alegría de la mañana, y yo, indicándoselos a mi acompañante con mi diestra atormentada, murmuré con despecho:

—¡Cómo a éstos no les pegan!

Sobre el escritor Amado Nervo

Nació en Tepic el 27 de agosto de 1870. Su padre se llamó Amado Nervo y su madre Juanita Ordaz. Su nana Juliana y su abuelita Cecilia le contaban fantásticos cuentos de países lejanos donde abundan tesoros, hadas y duendes. Su casa era pequeña pero tenía un gran patio con árboles tropicales y en un rincón se encontraba un pozo donde habitaba su amiga la tortuga a quien Amado alimentaba con cariño.

Tepic era una ciudad pequeña donde la catedral tenía una sola torre. En el centro de la plaza los niños correteaban en el pasto jugando a las alcanzadillas y a la “Gallina y el Coyote”. El aroma de los naranjos en flor acompañaba sus juegos. Cuando un niño atrapaba a otro decía: “Tengo la luna sobre mi cabeza” y el otro le contestaba: “La tengo sobre la mía”.

A Amado le causaba curiosidad el regreso de las golondrinas, tanto como la llegada de los cirqueros a Tepic. Cuando el *convite* (o circo) llegaba a la ciudad, los niños iban por las calles tras la comitiva que invitaba a chicos y grandes a presenciar la maravilla de magos, la gracia de las bailarinas, la destreza de los trapecistas.

Amado empezó a escribir versos desde niño. En cierta ocasión una hermana de él encontró sus versos hechos a hurtadillas y los leyó en el comedor a toda la familia reunida. El gusto lo había adquirido de su madre que escribía versos también a hurtadillas. Su hermano Luis destacó también en el gusto por la escritura.

Aquella vida de los Nervo se ensombreció con la muerte del padre en 1883, cuando Amado tenía trece años. Su madre decidió entonces abandonar Tepic para educar a sus hijos en Michoacán. Al prepararse para el viaje Amado escribe:

Vestido de casimir,
y con zapatos de lona,
mañana voy a partir,
al Colegio de Jacona.

La obra de Amado Nervo es muy amplia. Escribió una gran cantidad de artículos periodísticos, crónicas, narraciones y novelas, además de poesía y cuento, algunos de ellos dedicados a los pequeños lectores.*

*(Fragmentos de la presentación de Lourdes C. Pacheco en el libro *El pequeño Amado*, Conaculta/ Gobierno del Estado de Nayarit, 1999)